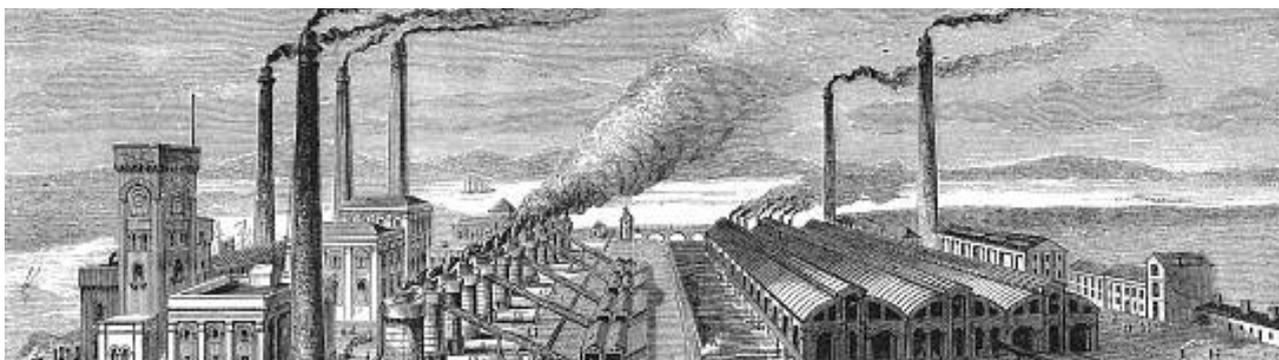


Consecuencias de la Revolución Industrial



La Revolución Industrial en Gran Bretaña (1750-1840)

El éxito de la Revolución Industrial inglesa se debió a factores y condiciones presentes en la sociedad británica desde fines del siglo XVII.

En primer lugar, el crecimiento de la producción agrícola en las islas contribuyó de manera esencial al éxito de la industrialización. La agricultura en Gran Bretaña inició un período de crecimiento en cuanto a su producción y su productividad antes de la expansión industrial. Las causas del crecimiento del sector agrícola están relacionadas con los nuevos derechos de propiedad de la tierra que surgieron como consecuencia de las leyes de cercamientos (Enclosure Acts*) así como en la aparición de un nuevo grupo de empresarios agrícolas que introdujeron nuevas técnicas de cultivo en esas tierras.

En segundo lugar, el crecimiento en la producción agrícola permitió alimentar a un número mayor de habitantes. Si en 1700 Gran Bretaña contaba con alrededor de seis millones de habitantes, hacia 1800 pasó a tener cerca de nueve millones. El aumento de la población tuvo efectos positivos para la industrialización, debido a que un mayor número de personas estaba dispuesta a trabajar en las fábricas localizadas en las ciudades, y a que demandaban una cantidad creciente de bienes de consumo, alimentos y vestimenta, necesarios para la vida.

En tercer lugar, la acumulación de dinero permitió la inversión en nuevos descubrimientos que derivaron en los grandes inventos de la época, como la máquina de vapor o la máquina de hilar, aplicados en la industria textil. El uso intensivo del vapor proporcionó enormes incrementos en la productividad. Las máquinas funcionaban más rápido y por más tiempo y se multiplicaba muchas veces la producción realizada por cada trabajador. Además, tanto el ferrocarril como los barcos de vapor lograron reducir los costos de transporte de las manufacturas inglesas.

En cuarto lugar, las ideas del liberalismo económico y el entramado político-institucional favorecieron la iniciativa privada y representaron los intereses de la burguesía industrial y comercial inglesa.

En quinto lugar, fue muy importante la expansión del comercio exterior británico a partir de las exportaciones de las manufacturas textiles hacia sus colonias ultramarinas, Europa y también América. Gran Bretaña superó a las que, hasta ese momento, eran las principales potencias coloniales: Portugal, España y los Países Bajos. El crecimiento de la industria de construcciones navales en Gran Bretaña dotó al país de una poderosa flota marítima que se lanzó a la aventura de exploraciones comerciales a lo largo del planeta.

La industria fabril y la nueva disciplina laboral

Con la expansión del sistema de fábrica, surgió un nuevo tipo de empresario, el capitalista industrial, dueño de los talleres y las máquinas.

En las primeras etapas del proceso de industrialización, el propietario del capital ejercía tanto las funciones empresariales como las gerenciales.

Junto con las fábricas, nació también un nuevo tipo de trabajador, el obrero industrial, cuyas condiciones de trabajo eran muy diferentes de las de los oficios manuales tradicionales. El moderno obrero industrial se caracterizó por no ser propietario de los medios de producción –las fábricas y las máquinas pertenecían a los capitalistas– y por vender su fuerza de trabajo en el mercado, a cambio de un salario.

Con el sistema fabril, los trabajadores asalariados debían someterse a un régimen de estricta disciplina en el interior de las fábricas y a una intensificación de la actividad laboral. A diferencia de la industria a domicilio, en la que los trabajadores decidían libremente cuándo y cuánto trabajar, la fábrica exigía a los obreros un horario estricto y una actividad constante, y cuando no se cumplía con lo pedido, se establecían severas multas. De esta manera, los trabajadores debieron modificar sus hábitos laborales y adaptarse al ritmo de las máquinas.

La nueva disciplina no fue fácilmente aceptada por los trabajadores adultos, acostumbrados a un ritmo de trabajo mucho más flexible y relajado. La jornada laboral en las fábricas era muy intensa y también muy extensa ya que, por lo general, sobrepasaba las 14 horas de trabajo.

La introducción de las máquinas logró simplificar las tareas y reemplazar la habilidad de los trabajadores. Ello permitió contratar mano de obra no calificada, especialmente de mujeres y niños, que se sometían a la disciplina con más facilidad que los hombres adultos, además de que sus salarios eran mucho menores.

Con la Revolución Industrial, los niños comenzaron a trabajar masivamente en las fábricas. Además de ser más dóciles que los adultos y de recibir una paga mucho menor, se adaptaban con mayor facilidad a los requerimientos de la nueva industria mecanizada para algunas tareas que necesitaban manos pequeñas y baja estatura. En la industria algodonera, por ejemplo, los niños comenzaban a trabajar desde muy pequeños, a partir de los seis u ocho años y su jornada de trabajo era igual a la de los adultos, es decir, de 14 a 16 horas por día.

Actividad: Responder

1. ¿Qué diferenciaba al capitalista industrial del trabajador asalariado?
2. ¿Por qué se extendió el trabajo infantil y de las mujeres en las fábricas?
3. Expliquen qué quiere decir la siguiente frase de la historiadora argentina María Inés Barbero: “El trabajo humano debió adaptarse al ritmo de las máquinas.”

Bibliografía: Mariana Alcobre et al. “Historia. América y Europa en los siglos XV a XVIII”. Ed. Tinta fresca. Bs. As. 2015